

ta para ser Madre de Dios. La Encarnacion del divino Verbo, ó el decreto de ella, segun el sentimiento más comun, se funda en la prevision de la miserable caída de Adan y su descendencia; sobre el motivo de la comun redencion en la hipótesis de que Dios exigiese, como en efecto absolutamente exigía una condigna y equivalente satisfaccion á su justicia altamente ofendida y ultrajada por el hombre. No pecando Adan, el Verbo no habría encarnado; y no obrándose la Encarnacion, María no habría sido creada en gracia, ni preelecta para ser elevada á la sublime dignidad de Madre de Dios, entendiendo los Padres y teólogos, incluso el decreto de la creacion y eleccion de María Purísima, en el de la Encarnacion del Eterno Verbo.

Pues ya teneis manifesto como declarando la Santa Sede ser dogma de fe, que la Madre de Dios fué desde el primer instante exenta de toda mancha, se aviva y se confirma en nuestra alma la fe de los principales misterios y verdades de nuestra adorable religion; porque si como quieren los Padres, hemos de considerar el decreto de la eleccion de María en el de la Encarnacion, confirmándonos en la creencia de éste, nos confirmamos tambien en la creencia de los demás misterios y verdades de nuestra fe, porque este adorable misterio de la Encarnacion es la base del cristianismo. Fúndanse en él todos los demás misterios. Supone el de la Santísima Trinidad, supone tambien la necesidad de la redencion, y por consiguiente el pecado de Adan, y por él la degradacion de la naturaleza humana (1).

Vosotros esperaréis acaso que no termine este punto sin encarecer la dicha, el honor y la gloria que á María Santísima resultó de haberla preservado el Todopoderoso del universal contagio de la culpa. Pero, ¡pobre de mí! Yo veo que así los Padres griegos como los latinos, al hablar de los dones y prerogativas de María, despues

(1) Ab. Bergier.

de agotar su ingénio, convienen en que siempre quedan cortos en alabarla. Valga por todos San Basilio de Seleusia (1), quien á este propósito exclama: ¿Quién será capaz de alabar dignamente á esta Señora? Decid cuanto la piedad más ingeniosa os sugiera, pensad cuanto el entendimiento más sublime pueda comprender de magnífico y sorprendente; cuanto la elocuencia más fecunda pueda decir; siempre será cierto que nadie podrá ponderar lo bastante la excelencia y dignidad de María. Así hablaban y así sentían aquellos Padres cuando aún no se había declarado el dogma de la inmaculada Concepcion. ¿Y qué podré yo añadir ahora? ¡Ah! A pesar de que confieso que aquellos sábios hablaron con verdad y que nosotros no tenemos más que repetir reverentes sus palabras cuando se trata de alabar á María, sin embargo, yo en este momento considero que á la presente generacion estaba reservada la gloria de tributar á María en obsequio de la fe, una alabanza que á muchos de nuestros mayores no les fué dado el tributarla. Oidme, católicos; yo de mi misma pobreza formaré caudal para alabar á María.

La fe nos enseña que todos en Adan pecamos; tambien posteriormente nos dice que de esta universal desgracia María Santísima fué la únicamente exceptuada. Pues bien; ahora es cuando con toda certidumbre puede cada cual exclamar: "Yo, concebido en la iniquidad (2), María, en la plenitud de la gracia." (3) *Mariae vero simul se tota infundit plenitudo gratiae.* Esto es lo que todos creemos con el corazon, pues la Iglesia santa es quien nos lo enseña, *corde enim creditur ad justitiam*, esto es lo que confesamos para nuestra eterna salud, *ore autem confessio fit ad salutem.*

(1) Serm. de Assumpt.
(2) Salm. 50.
(3) Serm. Sanct. Hier. Presb.

BIBLIOTECA CENTRAL
U. A. N. L.

He dicho que no parecía sino que habíamos llegado á aquellos tiempos que anunciaba San Pablo á Timoteo su discípulo (1), en que abundarían hombres amadores de sí mismos, codiciosos, altivos y protervos; en fin, hombres sin más Dios que sus pasiones, ni más regla que sus apetitos. Los católicos en su generalidad, olvidados de los dias de gloria para la Iglesia, así en la solemne confutación de los errores, como en la declaración de los dogmas y sancion de sus leyes, vivían en la más fría indiferencia, y como dijo el Crisóstomo, católicos en la apariencia, pero apóstatas en sus obras (2). Entonces mismo fué cuando el Vicario de Jesucristo derramando abundantes lágrimas por los daños que causaban los enemigos declarados de la Iglesia, y más que todo los ocasionados por el descuido y negligencia de sus mismos hijos (3), toma la pluma para escribir á los Pastores subalternos con objeto de saber cuál fuese entre otras, la creencia, el amor y culto de los fieles para con la Inmaculada Virgen María. Esta pregunta, hermanos míos, contenía, á mi ver, una paternal reconvencion, cual si dijese: ese pueblo que olvida la pobreza de su origen y que tan ingrato se muestra á la multitud de beneficios que ha recibido; que siendo libertado del poder de sus enemigos al pasar por el desierto, presenció los prodigios y experimentó los favores del cielo, que ayer adoró reverente al Dios verdadero, y hoy construye un ídolo de oro para ofrecerle sacrílegos inciensos: esos hombres entregados á la vanidad y los placeres, que incautos prestan oídos á las sugestiones del antiguo engañador que de continuo les dice: *Eritis sicut dii* (4), seréis como dioses; que en el furor de su demencia han creído divinizada su razon; ¿qué dicen, pregunto, qué creen acerca de aquel privilegio á María Santísima únicamente concedido, puesto que todos en

- (1) Ep. 2^a, á Tim., cap. III.
 (2) Cris. in ep. ad Tim.
 (3) Salm. 54-11.
 (4) Gen. 3-5.

Adan pecamos? Ea, hijos míos, acordaos que sois hombres, que habeis pecado, y que por lo mismo debeis de morir: *Morte morieris* (1).

El efecto que en todo el orbe católico produjeran las palabras del Padre comun de los fieles, lo sabeis bien por lo que vistéis aquí, y por lo que experimentasteis vosotras, almas devotas. Parecía que una fuerza irresistible hacía volver de su letargo aun á los más dormidos: que aquel fuego sagrado que el Salvador del mundo trajo á la tierra (2) alzando la llama, se extendía al mismo tiempo y se propagaba por todas partes. Un entusiasmo religioso vino á apoderarse del corazón de todo creyente: *Corde enim creditur ad justitiam*. Las oraciones públicas, los ejercicios de piedad, la frecuencia de los sacramentos y mil demostraciones de fervor y devoción, dieron testimonio al mundo todo, del amor y reverencia de los fieles á la Virgen Santísima Madre de Dios, y al aclamarla pura y sin mancha confesaban ellos su miseria y maldad: *Ore autem confessio et salutem*.

El Sumo Pontífice experimentó el placer inconcebible de saber por los pastores de todas las iglesias esparcidas en el mundo, que la piedad de los católicos que regían y gobernaban, su creencia, sus deseos y ansias con respecto á un punto que había fijado su atención, se hallaban en una total conformidad con los deseos y anhelos de Su Santidad, habiendo merecido en Roma una especial acogida los votos que á su vez emitieran por esta nación nuestros dignísimos prelados, según fui informado por persona fidedigna (3). Los sabios de nuestro siglo se apresuraban á publicar sus obras, cuyos volúmenes han aumentado la riqueza de las bibliotecas eclesiásticas. Hemos leído los tratados más preciosos que justamente immortalizarán el nombre de sus autores. Estos, registrando las Escrituras Santas, examinando las tradiciones y revisando los Pa-

- (1) Gen. 2-17.
 (2) S. Luc. 12-49.
 (3) Un doctor de los que intervinieron en las congregaciones.

BIBLIOTECA CENTRAL
 U. A. N. L.

ñres y Concilios, apurando su ingenio, hacían ver con sólidas razones la importancia de una declaracion que debía ser la confirmacion de todas las verdades que hasta aquí hemos creído con el corazon, y que para nuestra eterna salud confesamos con la boca: *Corde enim creditur ad justitiam, ore autem confessio fit ad salutem*. Los fieles entre tanto multiplicaban sus actos de piedad y perseveraban pidiendo al Señor tuviese á bien prolongarles los dias para ver declarado un punto de tanto interés, y creer y confesar con fe viva el dogma de la Inmaculada Concepcion de María.

Llegó, en fin, el dia mil veces suspirado. ¡Roma pagana! tú viste al derredor del Capitolio reunidos diferentes pueblos; pero conducidos allí, atados al carro de tus victorias: á tí tambien acudían de muchas partes, por adquirir aquella ciencia que recibiste de Aténas; pero ciencia que envanece al hombre, en sentir del Doctor de las gentes, *scientia inflat* (1); tú no podías proporcionar la verdadera sabiduría, que reconoce por base y fundamento el temor santo de Dios (2); tú entonces, como dice el elocuente San Leon (3), no eras más que la maestra del error: mayor ha sido tu gloria, innumerables tus triunfos, inmensurables tus dominios y universal tu magisterio, desde que te constituiste dócil discípula de la verdad. *Quae eras magistra erroris, facta es discipula veritatis*.

Roma cristiana vió en el octavo dia del último Diciembre, congregados en el Vaticano, no individuos de algunos países, sino de todas las naciones de ambos continentes, atraídos tan solo, como obedientes ovejas, al escuchar el suave silbo de su comun Pastor. Qué espectáculo tan sorprendente, no tanto por la brillantez que en la parte mayor de aquel concurso se notaba, si por el noble objeto que condujo á cada uno al sitio más célebre

(1) 1 Ad Cor. 8-1.

(2) Prov. 1-7.

(3) Serm. 1 in Nat. Apostolor. Pet. et Paul.

de la cristiandad. El esplendor, el lucimiento que se admiraba en aquella interesante asamblea fué, sí, un testimonio el más auténtico, una prueba irrefragable de que la religion de Jesucristo, no es, como se ha pretendido, la religion exclusivamente del vulgo ignorante é imbécil; es, indistintamente, la religion del sábio y del idiota; del noble y del plebeyo; del poderoso y del miserable; del blanco y del etiope: es la Religion de todo aquel que quiera en el bautismo renunciar á sus pasiones, al enemigo de la salvacion del alma por abrazar la cruz de Jesucristo; es la Religion, en fin, de todo aquel que inclinado el cuello al suave yugo (1) del Señor, observa sus preceptos, las máximas del Evangelio cuya moral es tan santa, que no solo condena la accion ó la palabra inícua, sino tambien el pensamiento y el deseo depravado. Mas lo que obligaba á ver con admiracion y respeto á aquellos concurrentes, era el grandioso objeto que allí los reunía. ¡Ah! en esa multitud de fieles considerad difundido en todos, pero recogido en uno, el espíritu de la Iglesia. Vedlos allí: cada individuo representa á su nacion, y todos forman una sola. Si se distinguen en el idioma y las costumbres, todos convienen en la unidad de la fe, *una fides* (2); la fe que reina en sus corazones, *corde enim creditur ad justitiam*; la fe que triunfa del universo, *haec est victoria quae vincit mundum* (3). Ved su santidad, reconocedla por esas demostraciones con que en el templo adoran al Dios vivo. El juzgar del corazon humano corresponde esencialmente á Aquel Señor que con toda propiedad llamó sepulcros blanqueados á los fariseos (4).

Estos católicos, como dóciles discípulos aguardan que el Maestro, el gran Doctor, asistido del Espíritu Santo desde la cátedra de Verdad, declare ser dogma de fe, que María Santísima fué concebida sin la mancha del pecado

(1) Matth., 11-30.

(2) Ephes., 4-5.

(3) Joan., 5-4.

(4) Matth., 23-27.

original. Al rumor estrepitoso que naturalmente ocasiona un gran concurso, sucedió un silencio..... silencio que hacía recordar aquel misterioso silencio del Apocalipsis (1). ¿Quién osará interrumpirlo? Una voz se oyó entonces; el gran Pontífice profiere aquellas palabras que fueron recogidas en el corazón de cada uno de aquellos venturosos cristianos: palabras de vida, salud y consuelo, que en el momento repetidas fueron por millares de católicos que gozosos entonaron un himno de alabanzas: *Corde enim creditur ad justitiam, ore autem confessio fit ad salutem.*

Reparad, señores, que esta universal reunion en la metrópoli del mundo; el unánime consentimiento de pueblos tan separados unos de otros; su espontánea general confesion á la autoridad del sucesor de San Pedro, y el fervor y devocion que se notó en los fieles el dia en que solemnemente fué declarado el dogma de la pureza inmaculada de María, hizo ver á todos los enemigos de la Iglesia, que en sus sectas ó conventículos, no se hallan estas notas y caracteres que distinguen á la Santa Esposa de Jesucristo. El hebreo debió concebir nuevos motivos para no esperar más al Soberano, Rey inmortal, que hace más de diez y ocho siglos triunfa en su Iglesia: el griego cismático, que en vano se lisonjea de tributar cultos á la Madre de Dios, si no la reconoce tan santa y tan pura como declarado há el jefe universal de los cristianos; y el protestante pudo quedar persuadido, de que hasta hoy no ha representado eficazmente el principio civilizador para la concordia de los pueblos. Pero los católicos, al disolverse aquella admirable asamblea, al salir del templo mayor del mundo, animados de un celo santo, exclamaban alegres al modo que en otro tiempo al escuchar á San Leon Magno: *Vere locutus est Petrus per os Leonis.* “Verdaderamente hemos oído hablar á Pedro por boca de su sucesor.” Nosotros así lo creemos con el corazón, y pa-

(1) Apoc., 8-1.

ra nuestra salud eterna, para nuestro bien perdurable, confesaremos la bondad y misericordia del Señor: *Corde enim creditur ad justitiam, ore autem confessio fit ad salutem.*

Vosotros, hermanos míos, debeis esperar mil bienes de esta Soberana Emperatriz á quien hoy manifestais de un modo especial vuestro amor y veneracion; aliéntese vuestra esperanza en María cuando tratais de promover su devocion en el ejercicio de sus alabanzas: la Iglesia, Nuestra Madre, pone en los labios purísimos de esta Señora las palabras que deben causaros el mayor consuelo y esperar los más grandes favores, *qui elucidant me, vitam eternam habebunt* (1): los que me alaban, obtendrán la vida eterna. Virgen Santísima, la súplica que te hice el memorable dia en que se solemnizó la definicion dogmática de tu admirable concepcion, es la misma que hoy reproduzco lleno de una filial confianza en tu poderosa intercesion. Ruega por este pueblo que te ama y reverencia, y muy especialmente por todos aquellos que en este dia te proporcionan estos cultos: la gracia que tan abundante poseiste en el primer instante de tu sér, se derrame en nuestras almas en el último momento de nuestra vida.—ASI SEA.

(1) Eccl., 24, 31.

BIBLIOTECA CENTRAL
U. A. N. L.